



T. Pérez del y III

Lit. Tachelle, Barcelona.

MUJERES CÉLEBRES.

D^a BLANCA DE NAVARRA.

DOÑA BLANCA DE NAVARRA.

Desusada animacion notábase en las villas de Vilorado y Bribiesca por los años de 1440. Desde dos leguas antes de llegar á la última de dichas villas, encontrábase á uno y otro lado del camino comparsas vistosamente engalanadas, llamando la atención de la multitud con alardes y juegos de armas. De los pueblos todos de Castilla habian acudido menestrales, omes buenos y labradores, ansiosos de presenciár los públicos festejos que el Conde de Haro, señor de Vilorado y de Bribiesca, preparaba para recibir dignamente á la esposa de Enrique, hijo de Juan II y príncipe heredero de la corona.

Llamábase aquella Doña Blanca y debía el sér á Juan II de Navarra. Prenda de paz y de concordia habia sido su enlace con Enrique, pues cesaron por él las guerras que D. Juan II de Castilla habia sostenido con los reyes de Navarra y de Aragon, y en virtud de las capitulaciones acordadas habian concurrido unos y otros á la villa de Alfaro, en 1437, donde el obispo de Osma D. Pedro de Castilla ¹ desposó á los contrayentes que se hallaban entonces en la temprana edad de doce años. El príncipe regaló á la princesa muchas y ricas joyas repartiendo tambien entre las damas y caballeros de Navarra que la acompañaban preciosos dones en telas y alhajas, luciendo con tal motivo el condestable D. Alvaro de Luna su espléndida largueza, y restituyéndose los esposos despues de cuatro dias de celebridades y festejos á sus respectivas cortes. Pero la edad de los príncipes cum-

¹ Nieto del Rey D. Pedro, por línea de su hijo D. Juan y Doña Elvira de Erit.

plida, envió el Rey D. Juan al obispo de Búrgos D. Alfonso de Cartagena, al Conde de Haro D. Pedro de Velasco y á D. Iñigo Lopez de Mendoza, para que tragesen á la princesa Doña Blanca; y recibida en Logroño con la Reina su madre, dirigiéronse á Búrgos, con cuyo motivo y teniendo que pasar por las referidas villas, estremábase el Conde de Haro en darlas espléndida acogida.

Por eso desde mucho antes de llegar á Bribiesca, hallábase el camino cubierto de gente, que distraía con los alardes de las vistosas comparsas, la impaciencia de saludar á la esposa del príncipe D. Enrique, y por eso al encontrarse cerca de la villa salieron todos los vecinos á recibirla, llevando cada gremio su pendon con músicas y danzas; los judíos y moros hicieron los obsequios acostumbrados en la exaltación de los reyes, y el ruido de las trompetas, tambores y atabales unido al de las aclamaciones de la multitud, llevaban el entusiasmo al corazón mas indiferente. Notables aquellas fiestas y retratando maravillosamente las costumbres de la época, séanos permitido trasladar aquí la sucinta relación de ellas tal como la hace, siguiendo la crónica, un historiador citado otras veces; ya después de estas alegres narraciones, solo tenga que describir la pluma en la historia de aquella infortunada princesa tristes episodios de duelo y de lágrimas.

«Llegados al palacio del Conde (Doña Blanca y su comitiva) hallaron dispuestas mesas con singular aparato de repostería. La Reina de Navarra hizo sentar á la mesa con su hija á la Condesa de Haro. Las demás señoras y señores ocuparon sus mesas interpolados, puesto un caballero entre cada dama. Al obispo de Búrgos con los prelados y clérigos extrangeros fueron servidos tantos platos como á la Reina, todo con mucha abundancia, y no menor diversidad de manjares, aves, carnes, pescados, frutas, con delicado aderezo, y por espacio no menos que de cuatro dias, á que añadió el Conde otra grandeza de pregonar que á nadie se vendiese cosa alguna, sino que todos acudiesen á su palacio á recibir de valde cuanto quisiesen. En una sala baja dispuso una fuente de plata, que de continuo manaba vino esquisito, de donde cada uno tomaba lo que quería.

Al cuarto dia estaba aparejada en un prado una sala magnífica con un trono de veinte gradas, formadas al natural con céspedes perfectamente unidos, que lisonjeaban con alfombra de hierbas y de flores naturales. Coronaba el remate un precioso dosel de brocado carmesí, con mesas y asientos al rededor de los mismos céspedes, para cena de las damas y señores. A una parte del prado habia caballeros que jugaban las armas: á otra, un estanque de truchas y de barvos traídos á propósito, los cuales vivos se presentaban á los piés de la princesa. A otro lado habia un bosque donde el Conde hizo traer osos, javalies y venados, con cincuenta monteros servidos de muchos lebreles y sabuesos, cuyo teatro formaba una vistosa montería, tanto mas placida, cuanto la cerca del bosque no permitía saltar á ninguna fiera, y cada una de las que vencía el cazador, era luego despojo á los piés de la novia. Este conjunto lograba otro mayor realce, de que siendo de noche, era tal la multitud de las antorchas, que parecía estar en el medio del dia, con asombro de cuantos lo gozaban, por ver en una casa artificial, tal multitud de cosas naturales, pesca, monte, prado, fieras, justas, noche y dia. Tampoco faltaron danzas, y otras liberalidades: porque después de la cena repartió el Conde á los músicos, y á los que habian jugado, dos grandes talegas de moneda. A la princesa la dió una riquísima joya: á las damas, sortijas de diamantes, rubies y esmeraldas: á los señores caballeros, otros respectivos regalos; de suerte que ninguno dejó de participar de su magnificencia ¹.»

No menores extremos hicieron en Búrgos para recibir á Doña Blanca, y en Dueñas donde el príncipe D. Enrique llegó á ver á su prometida, haciéndose tambien mutuamente grandes regalos. La corte que estaba en Valladolid salió á esperarles á media legua de la ciudad, con gran comitiva de señoras y magnates; y el jueves 15 de setiembre del citado año 1440, celebrábase las bodas con gran aparato y con ceremoniosa ostentación. La vispera por la noche del citado dia entre diez y once de ella el rey de Navarra, el príncipe D. Enrique, el

¹ Florez.

almirante, condes, caballeros y oficiales palatinos, fueron á las casas de la Reina de Castilla Doña María, donde habia quedado aposentada la ilustre prometida, y montando ésta en una hacanea, y la Reina su madre en una mula ricamente enjaezada fueron con gran acompañamiento á las casas de San Pablo (que así se llamaba el palacio real por su proximidad al convento de aquel nombre) y á otro dia jueves por la mañana en una capilla lujosamente dispuesta para la solemne ceremonia, el cardenal D. Pedro de Cervantes, obispo de Ávila, dijo la misa y veló á los príncipes, siendo sus padrinos el almirante y Doña Beatriz, nieta de D. Pedro I de Portugal y de la desgraciada Doña Ines de Castro.—Jueves tambien y á 6 de octubre verificóse la solemne presentacion en público de la princesa, llevando el rey D. Juan II la rienda del caballo de ésta y acompañándola á pié el Conde de Haro D. Pedro de Velasco, el de Ledesma D. Pedro de Zúñiga, el señor de Hita y Buitrago, D. Iñigo Lopez de Mendoza con D. Enrique, hijo del almirante y otros muchos señores, y conduciendo el corcel de la Reina de Castilla, su hermano el Rey de Navarra con lucida comitiva de señoras y magnates. Todavía duraron los festejos, los banquetes y las manifestaciones de público regocijo muchos dias, sin que nadie pudiera presentir el misterio que ocultaban aquellas ostentosas fiestas ni sospechar las desgracias que habian de sucederles.

Doce años transcurrieron desde la celebracion de su enlace, doce años en los cuales Doña Blanca, de tan peregrina belleza como de claro talento y dulce ternura, habia procurado hacer la felicidad de su esposo, que incapaz de comprenderla y encenagado en el vicio, apenas hizo de ella aprecio, recurriendo para esplicar su vergonzosa nulidad al recurso, tan usado en aquellos tiempos, de hechizos y sortilegios para que el príncipe no se pudiese unir con su muger. Desde el dia de las bodas la pública voz habia atribuido al príncipe la culpa de que su matrimonio no pudiera ser bendecido por el cielo con fruto de bendicion. Honesta y virtuosa Doña Blanca hubiera bajado al sepulcro sin que tal secreto fuera conocido de persona alguna, y sin que por ello dejase de querer y respetar á su marido, pues su alma

elevada no podia descender á tan vergonzoso extremo. D. Enrique por el contrario, queriendo buscar disculpa á su nulidad, culpó á Doña Blanca para quedar libre de aquel enlace y contraer matrimonio con otra, queriendo así engañar á su pueblo y engañarse asimismo.

Su proceder sin embargo no engañó á nadie; y por mas que D. Luis de Acuña que gobernaba la iglesia de Segovia, pronunciara sentencia de nulidad y confirmase esta sentencia, por delegacion del papa Nicolás V el arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo (Noviembre 1453), el pueblo juzgó á su rey tan incapaz en lo físico como en lo moral¹.

Declarada la nulidad y autorizado el divorcio, la desventurada Doña Blanca separada á los trece años de matrimonio, de D. Enrique, casada y doncella á un tiempo, volvió á su país por un motivo vergonzoso siempre, y precisamente en visperas de heredar el título de Reina de Castilla y de Leon. Y decimos en visperas de subir al trono, porque no trascurrido todavia un año desde la declaración de la nulidad, terminaba sus dias D. Juan II en Valladolid á 21 de Julio de 1354 y ceñió la corona su hijo Enrique, marido de Doña Blanca.

II.

Ofreciendo tristísimo contraste la marcha de aquella infeliz princesa con su ostentosa entrada en Castilla, casi sola, pobre y hasta privada de sus arras, abandonó los que debieran haber sido sus reinos, trasladándose á su patria, que lejos de ser para Doña Blanca tierra de

¹ Mariana, hablando de esta separacion y de Doña Blanca dice «la culpa era de su marido, que aficionado á tratos ilícitos y malos (vicio que muchas veces su padre procuró quitalle), no tenia apetito, ni aun fuerza para lo que era lícito, especial con doncellas: así se tuvo por cosa averiguada, por muchas congeturas y señales que para ello se presentaban». Hist. de España, lib. XXII, cap. 14.